

## Totalidad política e infinito ético-religioso

.....  
**Eduardo Martínez**

Licenciado en Filosofía  
 y Master en Ciencias de la Religión  
 .....

Los seres humanos realizamos nuestra vida mediante la adscripción a *totalidades* de todo signo: compartimos con otros una comunidad idiomática, poseemos una historia colectiva común, estamos adscritos a una iglesia o confesión religiosa, somos ciudadanos de un Estado, incluso nos definimos por nuestra afición compartida a un club de fútbol. Ser persona implica poseer una identidad y para alcanzar ésta es imprescindible pertenecer a una serie de comunidades. Pero como elemento equilibrador, ser persona exige no menos apertura a un *infinito* encarnado en el rostro del otro ser humano y del Otro que es Dios. Ellos son una provocación a mi monolítica identidad, recuerdo de mi heteronomía, huella del amor absoluto de Dios. Mi vocación más propiamente personal —como vieron excelentemente Lévinas y Mounier— se plasma perfectamente en la acogida del prójimo, en especial cuando éste se me aparece como indeseable, enfermo, débil, incluso como enemigo.

Las religiones son vías de acceso a ese infinito, son modos de re-ligar la existencia humana con su plenitud de realidad y sentido, son verdaderos *símbolos* en tanto elementos que unen a la humanidad de modo immanente (fraternidad, compasión) y trascendente (salvación). No obstante la naturaleza simbólica de lo religioso, la facticidad de las confesiones religiosas y de las iglesias caen muchas veces por la pendiente *totalizadora* abandonando su raíz *infinita*. Cuando cometen este desaguisado cobran un carácter *diabólico*, o lo que es lo mismo, separador, propiocéntrico, alterofóbico. Las religiones han ayudado en demasiadas ocasiones a que las comunida-

des humanas se sintieran elegidas por Dios por encima de sus semejantes. El extremo de esta conducta se encuentra en las legitimaciones de la guerra que la historia ha conocido (cruzadas, *yihad*, incluso la guerra civil española vista desde el bando nacional). Se trata del escolástico problema de la «guerra justa», de infausto recuerdo y triste presente, pues aún quedan en el católico catecismo graves y culpables ambigüedades al respecto.<sup>1</sup>

Aún así, la Iglesia Católica es la que más autocrítica ha sido a este respecto, y la que mayores esfuerzos ha hecho por desvincular a Dios del nombre de la guerra. Hace muy poco el Papa Juan Pablo II exhortó a los líderes de las diferentes confesiones a que se pronunciaran de modo análogo. No mejores visos ofrece el Judaísmo debido a su peligrosa amistad con el sionismo. En cuanto al Islam, suficientes datos tenemos de la vinculación apócrifa que muchos movimientos radicales hacen de Dios, la guerra santa y el martirio. Será el objetivo de este artículo denunciar lo diabólico, por bélico, que está presente en esta experiencia del Islam, y los desafíos a los que deben responder las diferentes religiones en la actual coyuntura; en especial, y además del Islam, el Judaísmo y el Cristianismo.

### *Dar al'harb y Dar al islam*

Una de las distinciones más funestas del Islam es la que divide a la humanidad entre gentiles y creyentes; literalmente entre *gentes del caos y la guerra*, y la *gente de la paz y la sumisión a Dios*. De los primeros son reconocidos como dignos de respeto los llamados *dar al Kitab*,<sup>2</sup> literalmente, las «gentes del libro», los judíos y los cristianos. El resto (*kafir*) deberán convertirse obligatoriamente al Islam. Los segundos se sienten pertenecientes a una comunidad que sobrepasa las fronteras y determinaciones de los es-

tados-nación. Un musulmán se siente más perteneciente al *ummah*, que a su nación de origen. Esto es lo que ha hecho posible la solidaridad musulmana que ha llevado defensores del Islam a la guerra de Bosnia, o militantes a la *Al Qaida* de Ben Laden, provenientes tanto del Magreb como de Arabia o Indonesia.

La *ummah* aglutina virtualmente al mundo islámico. Decimos «virtualmente» ya que la fragmentación política es evidente: existen diferentes organizaciones transnacionales de carácter federal islámico (Organización de la Conferencia Islámica, Liga árabe, Liga Mundial Musulmana, Conferencia árabe e islámica popular, etc.), el liderazgo musulmán se lo disputan diversas naciones (tan dispares como Irán, Siria, Egipto o Turquía), hay precedentes de graves conflictos entre países musulmanes (guerra Irán-Irak, por ejemplo)... Más que un referente real de tipo político, lo es de carácter religioso, cultural y social: en caso de agresión bélica, el buen musulmán debe dirigirse a un país musulmán (provincia de esa unidad macronacional que es la *ummah*) para defenderlo contra los infieles (es la noción de *yihad*, en concreto la de *al yihad al asgar*, «esfuerzo menor» entendiéndose por tal la «guerra santa»). De hecho esto ha sido operativo para miles de musulmanes desde el califato omeya hasta la guerra de Afganistán.

En el mundo islámico las totalidades políticas establecidas tras el colonialismo (explícito), los Estados-nación (de ideología nacionalista y occidentales tanto en su secularismo como en la similitud institucional o en sus relaciones económicas) están en crisis. La legitimidad hoy en día proviene del islamismo como ideología del Resurgimiento islámico. No es una vuelta al pasado como podría pensarse o como podrían pretender ciertos movimientos musulmanes. En el fondo es un regreso a las fuentes

culturales para dar respuesta a problemas actuales desde valores propios ante el fracaso de las inoculaciones occidentales (como la del Estado-nación).

Lo curioso de la *ummah* es que está a medio camino entre la totalidad política del Estado y el infinito ético-religioso de la «ciudad de Dios». Trasciende las barreras étnicas y tribales, trasciende el Estado-nación y pretende ser el modelo político a seguir, pero no tiene un cuerpo insitucional ni un liderazgo claros. Todos la mencionan para ganar crédito pero ninguno parece capaz de aglutinar realmente a mundos tan diversos como el Irán chií, la sunní Arabia Saudí, el Sudán radical, el islam indonesio, etc.

La capacidad de atracción y la realidad virtual de la *ummah* está en que es casi la «ciudad de Dios» en la tierra, el infinito asomando en forma de totalidad política que se presenta siempre con un cariz bélico y anti-occidental. La *ummah*, tal y como se está entendiendo, es una macrofortificación totalizante con apariencia de infinito debido a su pretensión de legitimidad moral y religiosa.

El infinito del que nos habla Lévinas es el mismo del que nos habla el evangelio o el mismo san Agustín, así como al que recurrieron los mártires innumerables de la historia del cristianismo. Este infinito gana su legitimidad ética en su no violencia, en su amor al enemigo, y en el extremo de la entrega de la vida. Este infinito trascendió y debe seguir trascendiendo las barreras culturales, las totalidades étnicas, políticas (las del helenismo, las de una historia demasiado occidente-céntrica, etc.), por fidelidad del Dios cuya infinitud se demostró en la creación amorosa de la humanidad.

Ejemplifica muy bien lo que queremos decir el caso del mártir cristiano que aprovechaba el alegato al que tenía derecho, antes de morir, para hacer una última apología de la fe, a la

sazón más inculpatória. Ese mártir se reclamaba trascendente al orden político (totalidad) por fidelidad ética y religiosa al absoluto que le habitaba (infinito).

### Desafíos religiosos

Las religiones se encuentran en el epicentro de este estallido cultural. Ellas son el núcleo de las diferentes culturas (aún de las más laicas y secularizadas). Muy en contraste con las opiniones al uso, hemos de decir que la religión rara vez ha sido la causa principal de un conflicto bélico; lo cual no la exime de la responsabilidad de haber dotado de legitimidad a los bandos en liza según afinidades étnicas, históricas, culturales, o según conveniencia política e incluso económica.

No obstante el reto de las religiones en la situación presente se sitúa en torno a la tarea de forjar identidades culturales humanas, específicas, fieles a lo mejor de sus tradiciones y de los proyectos universalistas modernos, pero al mismo tiempo abiertas a la diferencia del Otro hombre, precisamente, entendiendo esta «*yihad al akbar*»<sup>3</sup> como un deber frente al infinito padre Dios.

En el caso del **Islam** la tarea a realizar se concreta en torno a la recomposición de la *yihad*. *Yihad* significa literalmente 'los máximos esfuerzos por parte de uno para conseguir un objetivo determinado', siendo éste normalmente una lucha contra cualquier cosa que no sea buena. Tradicionalmente existen dos tipos de *yihad* para la mayoría del pueblo musulmán: el mayor (*al-yihad al-akbar*) y el menor (*al-yihad al-asgar*). La *yihad* mayor es también conocida como *yihad al-nafs*, y es entendido como una lucha interna, individual y espiritual, en contra del vicio, la pasión y la ignorancia.

La *yihad* menor se define con el significado de «guerra santa» en con-

tra de las tierras y súbditos infieles (no musulmanes). Ambos tienen significado legal y doctrinal en cuanto son prescritos por el Corán y la tendencia principal musulmana de *hadits* (dichos y acciones escritas atribuidas al profeta Mahoma a los que se concede una condición semejante a la revelación). La guerra santa es la única forma de guerra teóricamente permisible para el bloque más importante del Islam. Ya hemos mencionado que la ley musulmana (*shari'a*) ha dividido tradicionalmente el mundo en *dar al-islam* (morada del islam) y en *dar al-harb* (morada de guerra, es decir, de la ley no-musulmana). Como el Islam es la última, la más superior y universal de las religiones, se cree que el mundo entero debe al menos someterse a su regla y ley, si no es a su fe. Hasta este momento, una *yihad* contra los no musulmanes es el deber de todo hombre musulmán, adulto y capacitado. De acuerdo con este punto de vista tradicional, los musulmanes que mueren en la *yihad*, automáticamente se convierten en mártires de la fe y tienen prometido un lugar especial en el Paraíso.

Es evidente la urgencia de un decantamiento del Islam hacia la *yihad al akbar* así como el abandono de esquemas dicotómicos y victimistas. Sólo así se podrá empezar una madura tarea de autocrítica, y no sólo atribuciones externas de responsabilidad sobre la situación actual del mundo islámico y su aportación a la lucha por la paz.

En lo referente al **Judaísmo** el desafío tiene su máxima expresión en un enjuiciamiento moral y religioso del **sionismo**.<sup>4</sup> Es sangrante y flagrantemente contradictorio observar a un pueblo que ha padecido un genocidio, practicando otro con el pueblo palestino. Ya hay corriente laicas que están siendo críticas con el sionismo inconsciente que legitima el holocausto pa-

lestino (como la Liga pro derechos humanos de Israel Shahak), pero faltan autoridades religiosas judías (más allá de los testimoniales *hasidim*) que se desmarquen de estas posiciones bélicas y enfatizan los factores fraternizantes y pacificadores que el judaísmo también posee (Sueño de Isaías, Yahvéh como pacificador, etc.).

Por ser cristiano y católico pondré un especial énfasis en la responsabilidad del **Cristianismo**. Básicamente considero que son dos las tareas a afrontar:

—Elegir entre **profetismo** y **posibilismo** y oportunismo histórico, decantándose hacia el primero como único mensajero legítimo y fiel al infinito (Amor) que nos anunció Cristo. Él no realizó cálculos políticos sobre conveniencias epocales o sobre legítimas defensas, sino que, *habiéndonos amado, nos amó hasta el extremo* de morir por nosotros en muerte y muerte de cruz. *Nadie ama más a sus amigos que el que da la vida por ellos*. Él nos enseñó que este amor debía ser incondicionalmente extendido al hermano enemigo.

—Construir una **identidad ecuménica** en vez de una fortificación tradicionalista y propiocéntrica. Cada día nos sentimos más necesitados de reforzar nuestra identidad, pero la tentación es hacerlo totalizadamente, cerradamente, ego-ístmicamente. La llamada infinita que Dios nos lanza nos exige ser un *nos-otros*, un *yo y tú* que se reconoce a sí mismo en el rostro del otro. Ninguna religión ha afrontado más profundamente este reto tanto desde la fe como desde la racionalidad, y ninguna categoriza la personeadad<sup>5</sup> humana como ella (donación amorosa del Dios personal y paternal, dignidad, comunitariedad, conversión, abajamiento, amor al enemigo, al diferente, al indeseable...). Todo ello la capacita y la obliga a elaborar categorías religiosas que faciliten el encuentro de las religiones en pro de la dignidad humana, que es la de los millones de personas que en el mundo añoran la justicia como única fuente de la verdadera paz.

#### Notas

1. «Mientras exista el riesgo de guerra y falte una autoridad internacional competente y provista de fuerza correspondiente, una vez agotados todos los medios de acuerdo pacífico, no se podrá negar a los gobiernos el derecho a la legítima defensa» (*Catecismo*, p. 2308; *Gaudium et spes* 79,4)

2. De acuerdo con los libros de leyes existen dos tipos de enemigos no musulmanes, el *kafir* (pagano) y el *ahl al-kitab* (los pueblos del libro). La expresión «los pueblos del libro» se refería originariamente sólo a judíos y cristianos, pero más adelante incluyó a otros grupos como los seguidores del zoroastrismo. Los pueblos del libro sólo necesitan someterse a la autoridad política de los musulmanes para evitar o poner fin a la *yihad*, y pueden conservar su fe de origen: su estatus, definido como *dimmi* (un no-musulmán protegido), es inferior al de un musulmán y deben pagar el prescrito *yizya* (impuesto de capitación). En cuanto a los paganos, es decir, aquellos que los musulmanes no reconocen como pueblo del libro, como los budistas y los hindúes, deben convertirse al islam o ser ejecutados. Esta drástica alternativa, sin embargo, fue raramente puesta en práctica.

3. Esfuerzo grandioso.

4. Movimiento político que defiende la legitimidad de un Estado de Israel contemporáneo en Palestina. La justificación de esta reclamación es en parte política (antijudaísmo histórico rematado con la *shoá* o holocausto nazi), y en parte religiosa (promesa de la tierra por parte de Dios según el escrito bíblico).

5. Así designa Xavier Zubiri el carácter óntico y ético del ser humano que lo sitúa por encima del reino animal.